

VACCEA ANUARIO

Núm. 14, 2021

versión digital en acceso libre: www.pintiavaccea.es

10 €



Universidad de Valladolid



Equipo Editorial

Dirección

Carlos Sanz Mínguez, Universidad de Valladolid

Secretaría

Roberto Matesanz Gascón, Universidad de Valladolid

Consejo de Redacción

Juan Francisco Blanco García, Universidad Autónoma de Madrid
Joaquín Barrio Martín, Universidad Autónoma de Madrid
José Carlos Coria Noguera, Universidad de Granada
Javier Pinto Sanz, Universidad de Valladolid
Elvira Rodríguez Gutiérrez, Universidad de Valladolid
Roberto Sendino Gallego, Universidad de Valladolid
Rafael Vega José

Consejo Asesor

Andrés María Adroher Auroux, Universidad de Granada
Silvia Alfayé Villa, Universidad de Zaragoza
Martín Almagro Gorbea, Real Academia de la Historia, Madrid
Jesús R. Álvarez Sanchís, Universidad Complutense de Madrid
Luis Berrocal Rangel, Universidad Autónoma de Madrid
Sebastián Celestino Pérez, Instituto de Arqueología – Mérida (CSIC)
María Rosario García Huerta, Universidad de Castilla – La Mancha
Raimon Graells i Fabregat, Universidad de Alicante
Alberto J. Lorrío Alvarado, Universidad de Alicante
Luis Luis, Fundación Côa Parque, Portugal
Ana María Niveau de Villedary y Mariñas, Universidad de Cádiz
Juan Pereira Sieso, Universidad de Castilla – La Mancha
Fernando Quesada Sanz, Universidad Autónoma de Madrid
Alonso Rodríguez Díaz, Universidad de Extremadura
Gonzalo Ruiz Zapatero, Universidad Complutense de Madrid
Margarita Sánchez Romero, Universidad de Granada
Elisa Rosa B. de Sousa, Universidad de Lisboa, Portugal
Luis Valdés García, Real Academia de la Historia, Vizcaya

Periodicidad

Anual

Instrucciones de publicación

<https://pintiavacca.es/seccion/normas-de-publicacion-vacceas-anuario>

Edición

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg
Universidad de Valladolid

Sistema de arbitraje

Revisión por pares ciegos. El Consejo de Redacción, recibidas las revisiones, determinará la aprobación o no del artículo para su publicación en la revista.

ISSN

Edición impresa: 2659-7179

Edición en línea: 2659-7187

Depósito Legal: VA 523-2017

Maquetación

Eva Laguna Escudero

Impresión

Gráficas Benlis (Valladolid)

Portada: cerro de Las Pinzas, Curiel de Duero (Valladolid).

Fotografía de Juan José Moral Daza.



Proyecto Pintia

Equipo de investigación 2020

Director

Carlos Sanz Mínguez,
Universidad de Valladolid

Codirectora de la excavación arqueológica

Elvira Rodríguez Gutiérrez

Coordinadora

María Luisa García Mínguez, presidenta de la
Asociación Cultural Pintia

Colaboradores

Joaquín Adiego Rodríguez
María Mercedes Barbosa Cachorro
Juan Manuel Carrascal Arranz
Pablo L. Castro Martín
Guillermo García-Alcalá del Olmo
Juan José Moral Daza
Matías de la Mota Martínez
Luis Pascual Repiso
Juan Francisco Pastor Vázquez
Félix Jesús de Paz Fernández
Carmelo Prieto Colorado
Ignacio Represa Bermejo
Ángela Sanz García

Asociación Cultural Pintia
Voluntariado pintiano



3 EDITORIAL

ARTÍCULOS

5 Campaña XXXI-2020 de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñafiel. Valladolid)

Carlos Sanz Mínguez y Elvira Rodríguez Gutiérrez

19 Landecastro (Torre de Peñafiel) y cerro de Pajares (Padilla de Duero), dos asentamientos menores de la *Pintia* vaccea

Carlos Sanz Mínguez

45 En torno a las creencias y prácticas religiosas de los vacceos

Juan Francisco Blanco García

59 En los orígenes de la arqueología vaccea: el impacto de la "minería de huesos"

Roberto Matesanz Gascón

79 Entre vacceos y arévacos: Cerro Tormejón (Armuña, Segovia)

Raúl Martín Vela

VARIA

95 Tres eremitorios rupestres medievales en el valle del Duratón (Sacramenia y Canalejas de Peñafiel)

Salvador Repiso Cobo

107 NOTICIARIO VACCEO

121 LA OTRA MIRADA

128 HUMOR SANSÓN



En los orígenes de la arqueología vaccea: el impacto de la "minería de huesos"

Roberto Matesanz Gascón

Universidad de Valladolid
Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Resumen

A mediados del siglo XIX numerosos yacimientos vacceos fueron excavados por vez primera con el fin de obtener un beneficio económico a través de la obtención de restos óseos con los que fabricar fosfatos o, subsidiariamente, mediante la venta de los objetos arqueológicos descubiertos. En este trabajo se ofrece una visión de conjunto de dichas actividades, mediante la recopilación de informes oficiales y otras publicaciones coetáneas. Sus conclusiones, de carácter provisional, indican que la minería de huesos provocó importantes alteraciones deposicionales en los yacimientos afectados. Los objetos arqueológicos de más valor acabaron en manos de coleccionistas particulares; y los que ingresaron en museos lo hicieron de manera descontextualizada. Pese al esfuerzo de académicos y arqueólogos, los hallazgos no bastaron para promover una política de estudio científico continuado de los yacimientos localizados, los cuales, tras unos pocos años, cayeron nuevamente en un olvido casi absoluto.

Palabras clave: Historiografía, Melgar de Abajo y Padilla de Duero (Valladolid), hallazgos arqueológicos, Paredes de Nava (Palencia) y Palencia, hallazgos arqueológicos, segunda Edad del Hierro, valle medio del Duero.

At the origins of Vaccaean archaeology: the impact of bones mining

Abstract

In the middle of the 19th century, many Vaccaean sites were excavated for the first time in order to obtain an economic benefit through the obtaining of bones remains with which to manufacture phosphates or, alternatively, through the sale of the archaeological objects discovered. This paper offers an overview of these activities, through the compilation of official reports and other contemporary publications. Their provisional conclusions indicate that bones mining caused significant depositional alterations in the affected deposits. The most valuable archaeological objects ended up in the hands of private collectors; and those who entered museums did so in a decontextualized way. Despite the efforts of academics and archaeologists, the findings were not enough to promote a policy of continuous scientific study of the localized sites, which, after a few years, fell back into almost complete oblivion.

Key words: Historiography, Melgar de Abajo and Padilla de Duero (Valladolid), archaeological findings, Paredes de Nava (Palencia) and Palencia, archaeological findings, Late Iron Age, Middle Duero valley (Iberian Peninsula).



Introducción

Varias causas propiciaron que la arqueología vaccea diera sus primeros balbuceos de una manera muy peculiar. Algunas de ellas se vinculan con la naturaleza intrínseca de la cultura material vaccea, continente de unas expresiones de religiosidad poco monumentalizadas, que en lo material se plasmaron casi exclusivamente en objetos muebles de dimensiones por lo general reducidas, en cementerios discretamente señalizados y, probablemente, en santuarios naturales o en recintos culturales de gran tamaño, pero carentes de una aparatosa ornamentación. En cuanto a sus hábitats, aunque caracterizados por un desarrollado urbanismo, se basaron en la construcción con un material tan consustancial al medio duriense durante siglos, el adobe, que su eventual identificación debió resultar en cualquier caso poco llamativa. Asimismo, el carácter casi ágrafo de la sociedad vaccea y que esta no acuñara moneda, aunque sí empleara acuñaciones exógenas, debió influir en su escasa visibilidad posterior, dado que le imposibilitó recabar la atención de aquellos historiadores y numismáticos que, sobre todo desde el siglo XVI, se interesaron por la lectura, discusión y coleccionismo de epígrafes y series monetarias. En parte como resultado de esta idiosincrasia de la cultura material vaccea, durante siglos el trabajo que desarrollaron aquellos eruditos que se interesaron por ella y que hoy incluiríamos netamente en el ámbito de las investigaciones arqueológicas, rara vez rebasó un doble propósito: identificar los núcleos de población mencionados en las fuentes literarias clásicas y discernir por qué lugares del valle medio del Duero transcurrieron los itinerarios que los unían.

Junto a estos factores intrínsecos a la propia cultura material vaccea, el tardío desarrollo de los estudios arqueológicos en España, junto con la inoperancia por falta de recursos económicos de los órganos oficiales creados desde inicios del siglo XIX para velar por el patrimonio histórico nacional, fueron factores externos que también redundaron en que el primer conocimiento directo de grandes *oppida* vacceos se adquiriera gracias a una concatenación de circunstancias ajenas a los intereses de la investigación puramente histórica. En extravagante concurrencia, el nacimiento de la química orgánica y su aplicación a la agricultura, así como el despliegue de la red ferroviaria por el norte peninsular, unidos a una grave crisis financiera y a una acentuada y prolongada sequía, conducirán al breve pero espectacular desarrollo en la submeseta Norte durante el tercer cuarto del siglo XIX de una actividad económica que eventualmente será denominada “minería de huesos” y que, por vez primera, desvelará de manera generalizada la extensión y riqueza de los restos arqueológicos protohistóricos del valle medio del Duero.

Coetáneamente a su período de actividad, la “minería de huesos” ya fue descrita por ingenieros,

geólogos e historiadores, sobre todo desde la particular perspectiva de la que cada una de esas disciplinas dotaba al respectivo autor. Con posterioridad, Agapito y Revilla (1927: 8-11) y Anastasio Rojo Vega (1989), analizaron el fenómeno de manera retrospectiva; Sanz Mínguez (1997: 23-26) examinó su repercusión en el ámbito vallisoletano, centrandó su atención en los yacimientos vallisoletanos de Melgar de Abajo y de Padilla de Duero; y Barril Vicente y Pérez Rodríguez (2012) estudiaron el desarrollo que tuvo en la provincia de Palencia, poniendo también de relieve el papel jugado por la construcción de infraestructuras (especialmente, el tendido de vías férreas) en el descubrimiento de importantes yacimientos arqueológicos. Asimismo, se han ido proporcionando notas puntuales sobre su desarrollo al describir fondos museográficos, actividades, colecciones particulares o yacimientos arqueológicos relacionados de una u otra manera con esa singular explotación. Es el caso de la necrópolis de Eras del Bosque en Palencia y de los materiales procedentes de ella (López Rodríguez, 1978: 189-192; Del Amo, 1992; Coria-Noguera, 2015: 150-152); del yacimiento de La Ciudad en Paredes de Nava (Abarquero Moras y Pérez Rodríguez, 2010: 166-167); del pago de Las Quintanas en Padilla de Duero (Hernández y Alejandro, 1906; Sanz Mínguez y Escudero Navarro, 1995: 271; Matesanz Gascón, 2019: 107-117); o de la *Pallantia* de los ríos Arlanza y Arlanzón, en el término municipal de Palenzuela (Lamoca Rebollo, 2020: 12-13).

Toda esta información dibuja un vívido panorama de una época que, por diversas razones (no todas ellas deseables), resultó crucial para el devenir de nuestro conocimiento del mundo vacceo. Sin embargo, todavía estamos lejos de poder tener un estudio de conjunto que pueda considerarse prácticamente definitivo, el cual, por otro lado, tampoco corresponde realizar aquí. La “minería de huesos”, cuyo desarrollo afectó de manera especial a los hábitats vacceos, alcanzó también a yacimientos meseteños y bienes arqueológicos de otras culturas históricas y prehistóricas, e incluso a yacimientos paleontológicos. Y, asimismo, el estudio de los aspectos institucionales, sociales y económicos que rodearon a la actividad cae más bien dentro del ámbito de estudio de la historia contemporánea. Por otro lado, no hay duda de que existe una importante cantidad de documentación, en especial de tipo archivístico, que aún debe salir a la luz, siendo de esperar que ello ocurra antes de que eventualmente pueda desaparecer de manera definitiva. No obstante, dada su relevancia para la historia de las investigaciones sobre la cultura vaccea, creemos importante poder proporcionar en un medio de divulgación como *Vaccea Anuario*, el cual rebasa el restringido ámbito de difusión de otras publicaciones científicas, una visión en cierto modo global de lo que supuso el fenómeno de la “minería de huesos”.

El aprovechamiento agrícola de los restos óseos

En ocasiones se ha dado a entender que fue hacia 1862 cuando se descubrió que los restos óseos aportan al suelo agrícola, en gran cantidad, una sustancia tan beneficiosa como los fosfatos. Pero en realidad, su uso con fines agrarios se remonta a un impreciso momento muy anterior y ya en el siglo XVIII es hecho notar por algunos científicos ilustrados (Boulaine, 1995: 205-207). A mediados del siglo siguiente, Justus Liebig apreciará que el inicio de la importación de huesos en Inglaterra con fines agrícolas se inició durante el último cuarto del siglo XVIII; y el ingeniero de minas Casiano de Prado refiere que en 1823 partían de La Coruña barcos cargados de huesos con destino a Inglaterra, donde, una vez molidos, eran empleados para fertilizar terrenos agrícolas e incluso zonas de pasto (De Prado, 1857: 12). En Inglaterra, el óptimo de productividad agraria de los diferentes abonos, incluidos el hueso (calcinado o no), la fosforita "es-

pañola" (tratada en diferente manera) y el guano, era testado científicamente en diversas condiciones y circunstancias ya desde la primera mitad del siglo XIX. Asimismo, la calcinación de huesos tenía otras aplicaciones industriales y desde la década de los años 20 del siglo XIX en la ciudad francesa de Nantes se había venido consolidando una industria que producía dos sustancias: el "negro animal" y el "negro de refinera". La primera era el producto de la calcinación de los huesos en un ambiente reductor y se empleaba para decolorar los azúcares en bruto procedentes de las plantaciones antillanas. La segunda era un subproducto de esta operación y, tras notarse que era un magnífico fertilizante, se destinaba de manera masiva a abonar terrenos agrícolas.

Probablemente, la mayor transformación tuvo lugar en un plano teórico. Es en 1840, con la publicación por Justus Liebig del tratado *Die organische Chemie in ihrer Anwendung auf Agricultur und Physiologie (La Química orgánica y su aplicación en la agricultura y la fisiología)*, obra que pone las bases de la química orgánica y de su aplicación agrícola, cuando la práctica obtuvo su marchamo de credibilidad científica. Liebig mostraba cómo las plantas se nutrían de elementos simples, como el nitrógeno, el carbono o el potasio, los cuales, aportados en suficiente cantidad, servían para mejorar su crecimiento. La obra de Liebig, auténticamente seminal, allanó el camino a toda una pléyade de estudios en torno al uso agrícola de las sustancias minerales. En 1842, John Bennet Lawes daba inicio a la industria de la fabricación de abonos artificiales, basada en los superfosfatos, al patentar uno conseguido tras experimentar con la aplicación de ácido sulfúrico a diversos fosfatos naturales. Y a mediados del siglo XIX ya se había difundido ampliamente por Europa la certera idea de que el abonado del suelo con los llamados superfosfatos mejoraba de manera notoria su rendimiento agrícola. A extender la popularidad del sistema contribuyeron estudios como el publicado por Charles de Molon bajo el título de *Agriculture: fertilisation du sol par le phosphate de chaux fossile* (1860).

A la sazón, los fosfatos no sólo podían obtenerse en abundancia y de manera relativamente fácil de los restos óseos, sino también de la fosforita, una roca sedimentaria no detrítica que contiene minerales fosfatados en un porcentaje mucho mayor que otras rocas sedimentarias. Precisamente en España existían importantes cantidades de fosforita, en especial en Logrosán (Cáceres), cuyos recursos, descritos ya desde mediados del siglo XVIII, atrajeron la atención de los ingenieros y agrónomos británicos. Pero la explotación de la "fosforita española" se vio rodeada de rocambolescas circunstancias. Estas últimas incluyen el fallido intento por parte del gobierno de Narváez de nacionalizar todas las minas existentes, tras haber recibido en 1857 una *Memoria sobre la importancia agrícola de la fosforita de Logrosán* (Pastor Valle et

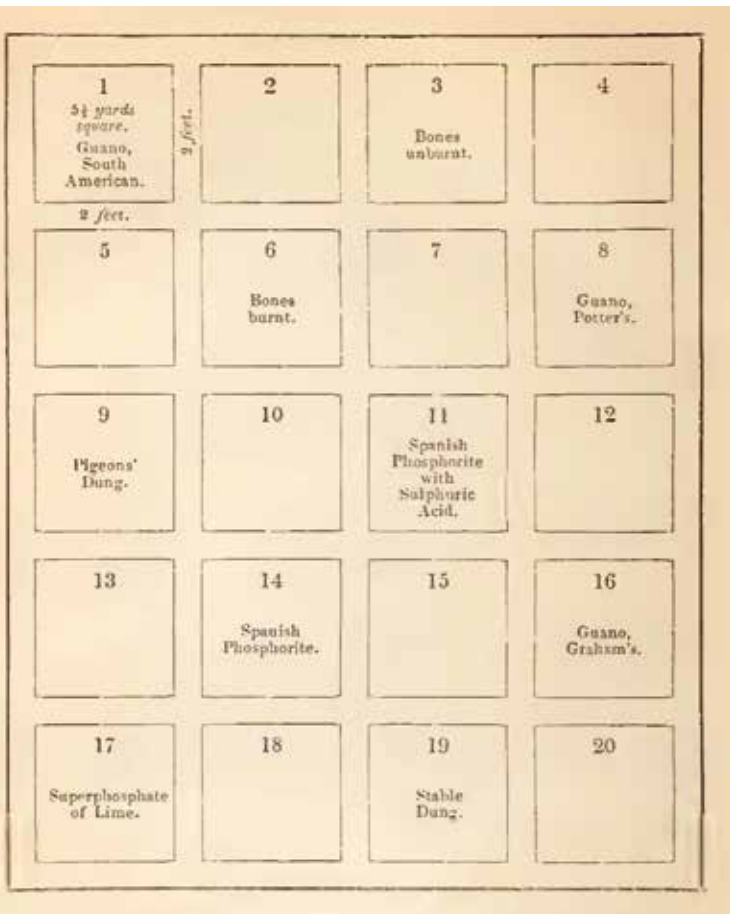


Fig. 1. Esquema del experimento realizado por Harry Verney para comprobar el valor como abono de la fosforita española: campo de remolacha con abonado diferencial en distintas parcelas, incluyendo el uso de huesos calcinados y no calcinados, fosforita tratada en diferente manera y guanos (Verney, 1845: 332).

al., 2015). Con posterioridad, tuvieron lugar importantes litigios sobre la propiedad de las explotaciones y la práctica totalidad de la fosforita española que se logró extraer de los filones cacereños a lo largo del siglo XIX, lo fue en una cantidad relativamente poco abundante (Boixereu, 2015).

En esta tesitura, alcanzada la segunda mitad del siglo XIX la principal y casi única materia prima existente en Europa para obtener fosfatos de manera fácil y abundante eran los restos óseos, demostrando los experimentos realizados que mejor que emplearlos en bruto, o más sencillo que tratarlos con ácido sulfúrico (pues este proceso requería de instalaciones más complejas), era calcinarlos en un ambiente reductor una vez descarnados. El mayor importador de restos óseos era Gran Bretaña, que basó parte de su “Revolución Verde” en su empleo como abono, lo cual condujo a Liebig a publicar en la *Gaceta de Baviera* un escrito titulado “La agricultura vampiro”, que a inicios de 1863 aparecería traducido a otras lenguas europeas. En él, tras calcular que Inglaterra había importado por este medio el equivalente a 4 millones de toneladas de fosfatos entre los años 1810 y 1860, denunciaba que había contribuido así a empobrecer durante generaciones los campos de los demás países europeos, con el beneplácito de estos. Según afirmaba Liebig en su artículo, lo que denominaba como “vampirismo” inglés había llegado para entonces al macabro extremo de extraer e importar las osamentas de los campos de batalla de Leipzig, Waterloo y Crimea, e incluso las de las catacumbas sicilianas, para fertilizar con ellas los campos británicos.

La “minería de huesos” en Castilla la Vieja

El precio pagado por los restos óseos era relativamente bajo. En una región como Castilla la Vieja, esto imposibilitaba su comercialización a gran escala. Unas deficientes infraestructuras viarias no permitían su exportación y aunque los agrónomos españoles proclamaron con insistencia, haciéndose así eco de los avances científicos europeos, lo perjudicial que sería desaprovechar sus propiedades fertilizantes, la agricultura nacional hizo caso omiso de estas admoniciones. Lo que a inicios de la década de los años 60 del siglo XIX fomentó de manera inmediata el desarrollo de la “minería de huesos” en la región no fue la certidumbre de que los restos óseos podían tener un uso agrícola como fuente de fosfatos, sino la llegada del ferrocarril, que permitió por vez primera exportarlos con unos costes de transporte lo suficientemente reducidos como para obtener de ellos un beneficio económico. Como ya hacía notar Vilanova y Piera (1872b: 428, y 1880: 596), los restos óseos en bruto de Castilla la Vieja se exportaron principalmente a Francia, lo cual suscitó el clamor unánime de los químicos y agrónomos españoles. En este sentido, es incorrec-

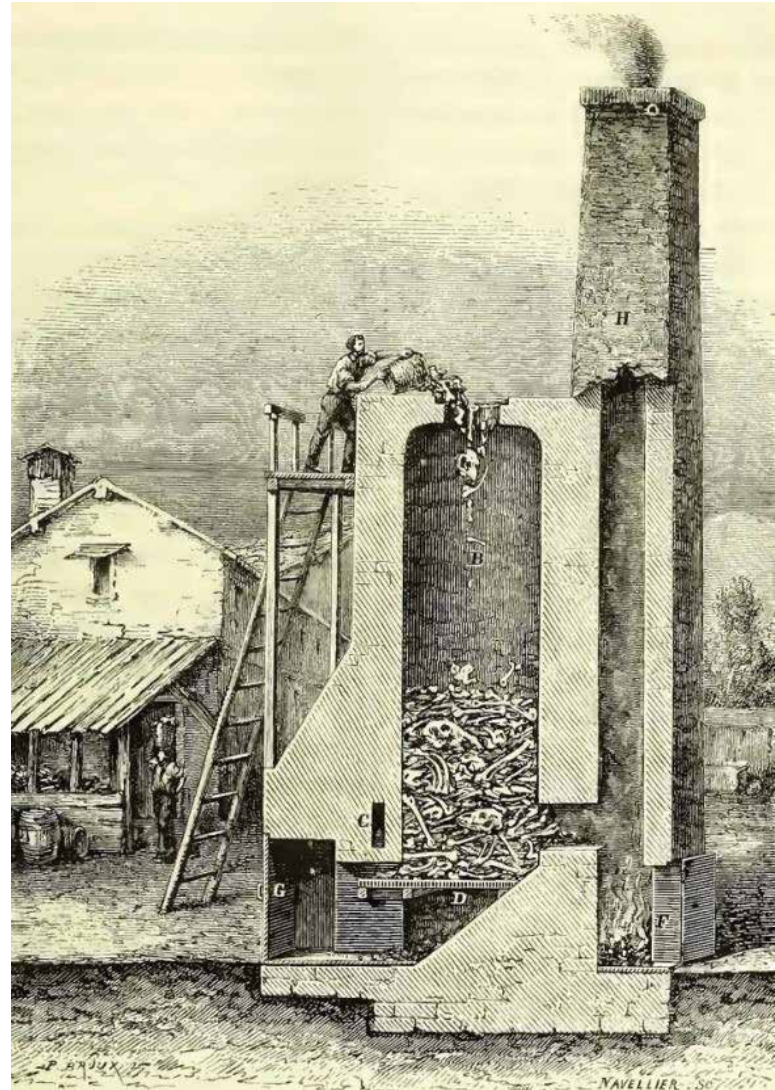


Fig. 2. Horno para la calcinación de huesos. Grabado de Navellier sobre dibujo de Broux (Figuier, 1873-1877: III, p. 537, fig. 232).

to decir que se vendieron a fábricas productoras de fosfatos tricálcicos situadas en la propia región (Abarquero Moras y Pérez Rodríguez, 2010: 165-166). Francia dispuso, gracias al ferrocarril, de un nuevo venero que explotar, al cual no había accedido aún la industria británica, que solo se beneficiará de él, en menor medida, a través de los barcos con cargas de hueso que zarpaban del puerto de Santander en dirección al de Newcastle.

La llegada del ferrocarril a Palencia tuvo lugar en el año 1860, convirtiendo a la capital provincial en el centro de la actividad exportadora del hueso producido por los mataderos del territorio. Según la nota estadística minera del año 1870 redactada por Amalio Gil Maestre, hasta 1865 el hueso explotado fue exclusivamente “hueso granado” procedente de Palencia o de sus alrededores (*Estadística minera*, 1870: 72). Por “hueso granado” se entendían los restos óseos fres-

cos que generaba como subproducto la actividad de los mataderos. Sin embargo, parece ser que ya entre 1860 y 1862 algunos obreros pobres se dedicaban a sacar huesos de las tierras situadas al norte de Palencia e inmediatas a la estación del ferrocarril, vendiendo los que recogían hasta por un real o un real y medio la arroba, cantidad apreciable que provocó que ya para 1862 se empezara a constituir una verdadera explotación en esa zona de la capital, la cual proporcionaba recursos a algunas familias (Becerro de Bengoa, 1888: 33-34).

En todo caso, en esos años iniciales la mayor cantidad del hueso exportado procedía directamente de los mataderos. Pero en 1866 este panorama sufrió un cambio drástico, cuyo detonante, de nuevo, hay que relacionar con el ferrocarril. El hundimiento del precio de las acciones de las compañías que se habían constituido en España para construir y explotar las diferentes vías ferroviarias hizo quebrar a bancos y sociedades de crédito, causando una grave crisis financiera, a lo cual se sumó el inicio de una grave y persistente sequía que duró varios años. Todo ello empobreció dramáticamente a las clases trabajadoras en el ámbito rural de la submeseta Norte. Como índice de la carestía que se sufrió por aquellos años en Castilla la Vieja, cabe señalar que en una provincia cerealista como Palencia el precio del hectolitro de trigo casi llegó a triplicar su valor en el transcurso de dos años, pasando de valer 13,51 pesetas en junio de 1866 a 34,73 pesetas en el mismo mes del año 1868 (Merinero Martín, 1985: 128-129).

La crisis provocó que muchos jornaleros y sus familias, para poder subsistir con lo que pudieran obtener de su venta, se dedicaran a buscar por los campos "huesos secos", restos óseos llamados así por carecer ya de su parte gelatinosa. Pero si en un inicio se recogieron las osamentas animales que se podían encontrar a flor de tierra, pronto su agotamiento condujo a la realización de zanjas y galerías subterráneas, con el objetivo de encontrarlas a mayor profundidad. Estos "huesos secos", por haber sido encontrados bajo tierra tras excavar en su búsqueda, fueron llamados también "huesos de mina". Y en el transcurso de estas excavaciones fue cuando salieron a la luz numerosos yacimientos arqueológicos y se hallaron innumerables "antigüedades". De hecho, aun cuando los "buscadores de huesos" probablemente lo desconocieran, muchos de los depósitos identificados y literalmente saqueados por esa singular minería fueron antiguos asentamientos vacceos o vacceo-romanos, consecuencia de que a lo largo de la historia estos fueron los primeros lugares de hábitat en la cuenca media del Duero con una considerable potencia estratigráfica y, por ende, con una muy voluminosa acumulación de residuos orgánicos (Sanz Mínguez, 1997: 24).

En lo que afecta a su impacto sobre el patrimonio arqueológico de la región, se conocen pocos

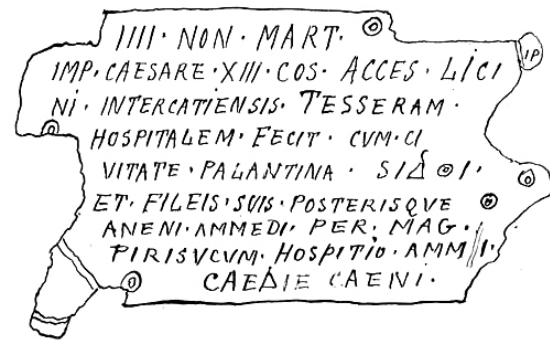


Fig. 3. Primera tésera de hospitalidad de Paredes de Nava, según dibujo de Ramón Ortiz de la Torre (1902).

detalles que sean referidos a estos primeros años. En general, los más antiguos conocidos remiten a 1868. A este año se atribuyen diversos acontecimientos, como el inicio de las rebuscas de hueso en el pago de Las Quintanas, en Padilla de Duero (Hernández y Alejandro, 1906: 510), o el hallazgo de la primera tésera de Paredes de Nava (Ortiz de la Torre, 1902).

Sin embargo, es probable que en algún caso tales atribuciones se basen tan sólo en el hondo y lamentable recuerdo que 1868 dejó en la memoria castellana durante décadas. Si los malos resultados agrícolas se iniciaron en 1866 y continuaron en 1867, en 1868 llegaron a su culmen coincidiendo con la más asoladora falta de lluvias del período. Veinte años más tarde Becerro de Bengoa lo describirá como «inolvidable para Castilla por la sequía y la miseria»; y Hernández y Alejandro recordará el hallazgo del venero óseo en el pago padillense de Las Quintanas diciendo: «Paréceme que era por el año de 68, el de aciaga y triste recordación para el labrador castellano» por la «horrorosa sequía» que en él acaeció. A veces, da la impresión de que a esa emblemática fecha se le han atribuido *a posteriori* algunos hechos concretos que no necesariamente tuvieron lugar en él, por concentrarse en sus doce meses eventos que se desarrollaron a lo largo de más tiempo. En especial, esto parece afectar a la fecha de hallazgo de la primera tésera de Paredes de Nava, hoy lamentablemente en paradero desconocido. Ramón Ortiz de la Torre, en un manuscrito inédito fechado en 1902 en el que, haciendo uso de abundantes dibujos y tablas proporciona valiosas noticias sobre los objetos descubiertos en el término de Paredes de Nava durante las décadas anteriores, afirma que la pieza, propiedad por entonces de «el ilustradísimo farmacéutico de esta villa D. Lorenzo González Arenillas», apareció «durante las excavaciones que los jornaleros, buscando huesos, hicieron el año de infausta recordación, por la espantosa sequía que durante él tubo lugar, =1868=.»

(Ortiz de la Torre, 1902). Pero aunque recientemente esta aseveración ha llevado a varios investigadores a indicar que la *tessera hospitalis* fue hallada en dicho año (Abarquero Moras y Pérez Rodríguez, 2010: 166; Barril Vicente y Pérez Rodríguez, 2012: 204 y 224), se trata del único testimonio en este sentido. Emil Hübnér (1871: 371, y 1872: 45, n.º 141) indica claramente que la tésera fue hallada en el año 1870 y, más tarde, tanto el padre Fita (1888: 329) como Aureliano Fernández-Guerra (1888: 376-377) abundarán en la misma fecha; en el caso del segundo, haciendo hincapié en que fue él: «quien primero la vió, leyó y calcó, tan luego como se vino á descubrir, en 1870, entre Paredes de Nava y Frechilla». Además, el dato aportado por el investigador alemán concuerda con el hecho de que el hallazgo es mencionado por el corresponsal de *El Norte de Castilla* en Paredes de Nava, Agustín P. Cantalapiedra, en julio de 1870, el mismo mes en el cual lo da a conocer, a través de la prensa madrileña, José Amador de los Ríos (1870: 10). Más aún, el primer propietario de la tésera, el farmacéutico Lorenzo González Arenillas, publicará años más tarde una obra histórica sobre la villa palentina de Castro-mocho, en la cual afirma que aún la tiene en su poder y que la misma: «pareció el año de 1870» (1896: 15). Ante esta serie de testimonios coincidentes, parece más apropiado suponer que Ortiz de la Torre erró al indicar que la pieza fue hallada en 1868. El equívoco parece derivar y ser ejemplo de cómo al año más recordado con diferencia por infausto, se le atribuyeron eventos que se sucedieron durante un período de tiempo más extenso.

Por ahora, entre los posibles descubrimientos arqueológicos que con cierta certidumbre fueron resultado de actividades de “minería de huesos” y que son remontables a estas fechas, cabe apenas mencionar los objetos cerámicos procedentes de Paredes de Nava que ingresaron en el Museo Arqueológico Nacional en esas fechas o poco después, como los que Sabas María de Castro, capellán del convento de las monjas Brígidas de esa localidad, decía haber llevado en 1868 o 1869 (Barril Vicente y Pérez Rodríguez, 2012: 213-214). En 1869, las excavaciones en busca de huesos condujeron en Carrión de los Condes al hallazgo de objetos medievales cuya descripción omitimos aquí. Y a finales de este último año es cuando parecen haberse iniciado excavaciones semejantes en la población vallisoletana de Melgar de Abajo, pues en una carta enviada con fecha 4 de junio de 1870 al periódico *El Norte de Castilla*, en el cual aparecerá publicada unos días más tarde, Vicente Pascual, médico cirujano de Vega de Ruiponce, indica que por entonces hacía «más de seis meses» que se estaban extrayendo en Melgar restos de grandes mamíferos.

Es en este año de 1870 cuando las noticias sobre la actividad se multiplican. Hay que indicar que, aun cuando el Ingeniero Jefe de Minas de Palencia, Amalio Gil Maestre, describió su desarrollo con cierto

detalle en la *Memoria estadística minera* de la provincia correspondiente a ese año (1870: 71-73), no podemos otorgar a este informe la repercusión, sobre todo inmediata, que Rojo Vega le atribuyó. Cabe suponer que la estadística fuera redactada como muy pronto a inicios de 1871 y, en todo caso, no se publicó hasta 1873. Aunque por su riqueza de datos es un documento primordial, antes de estas fechas la “minería de huesos” y sus consecuencias ya habían alcanzado notoriedad a través de otras publicaciones e informes oficiales.

En la prensa periódica, la carta de Vicente Pascual aparecía publicada el día 8 de junio de 1870 en *El Norte de Castilla*, describiendo cómo se extraían en Melgar huesos de jabalíes, bueyes, ciervos y especies menores, en excavaciones de gran extensión, que habían proporcionado por entonces 5000 o 6000 arrobas. Junto a ellos, habían aparecido restos óseos labrados, “medallas” romanas y otros objetos metálicos, así como un silo con ocho o diez fanegas de trigo carbonizado. Según declara el médico de Vega de Ruiponce, considerándose incompetente para analizar esos hallazgos arqueológicos en el momento de enviar su misiva ya había remitido a Juan Vilanova y Piera “huesos y metales”. Sin duda, se trata del envío mencionado algún tiempo más tarde por Vilanova, consistente en «un saco lleno de huesos, labrados unos, toscos y sin labrar otros, juntamente con objetos de bronce y algun fragmento de cerámica ordinaria y al parecer de fecha remota» (Vilanova y Piera, 1872b: 430). La inserción de la misiva del médico se acompañaba de un llamamiento para que el Gobernador Civil de la provincia tomara cartas en el asunto.

De hecho, enterado del tráfico de huesos y bienes arqueológicos que se estaba produciendo, el 24 de mayo de 1870 el Gobernador ya había ordenado al alcalde de Melgar de Abajo que no permitiera a los vecinos extraer ningún objeto más de los depósitos; y el mismo día 8 de junio en el que la carta de Vicente Pascual aparecía publicada en *El Norte de Castilla*, notificaba los hechos a la Comisión de Monu-

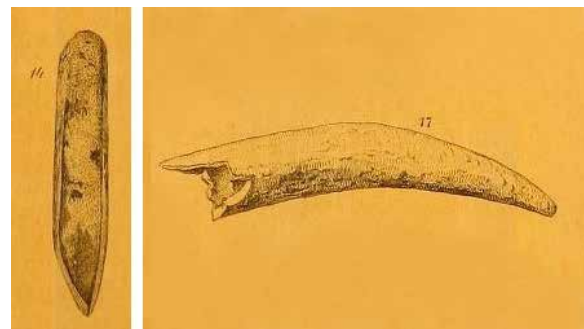


Fig. 4. Hacha de jade de Paredes de Nava (n.º 14) y mogote labrado de ciervo de Melgar de Abajo (n.º 17) de la colección arqueológica de Juan Vilanova (Vilanova y Piera, 1872: lám. VII).

mentos Históricos y Artísticos de la provincia para que esta nombrara unos comisionados que viajaran hasta Melgar y valoraran el interés histórico de los descubrimientos. Las actuaciones oficiales, caracterizadas por la improvisación y la falta de recursos económicos, se prolongarían hasta finales de año y muestran de manera expresiva cuál fue, en términos generales, la respuesta institucional a los acontecimientos, protagonizada por unas comisiones provinciales de monumentos voluntariosas, pero carentes de los más elementales recursos para poder desarrollar su tarea. Aunque la documentación de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos de Palencia de aquellos años, que debió incorporar datos importantes sobre los eventos acaecidos por entonces, está en paradero desconocido, si es que no ha perecido ya (quienes han intentado reconstruirla sólo han podido acceder a información dispersa), la documentación de su homóloga vallisoletana, publicada por Sanz Mínguez (1997: 531-532), permite hacerse una idea muy aproximada de cuál debió ser su tenor.

En lo que respecta a los acontecimientos de Melgar de Abajo, como la Comisión no disponía de recursos para costear el viaje que se le había encomendado, el 24 de junio solicitaba al alcalde que enviara información sobre los descubrimientos y, a ser posible, algunos objetos, para intentar discernir a qué época pertenecían. No existe certeza de que el envío se realizara, pero pudo ser así, pues en la sesión de la Comisión del día 28 de septiembre se daba cuenta de que estaba pendiente de resolución un informe, sobre los objetos hallados en Melgar de Abajo. Pero nada más parece constar sobre dicho informe y la siguiente iniciativa en la que se ve envuelta la Comisión tiene un origen externo, probablemente fomentado por viajes como el realizado por Vilanova y Piera: el 18 de octubre, el director general de Instrucción Pública notificaba al Gobierno provincial tener conocimiento de que «en alguna localidad de la provincia» se habían hallado objetos que «por su mérito artístico y arqueológico deben figurar en el Arqueológico Nacional»; y solicitaba a dicho Gobierno que excitara el celo de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos para que las excavaciones alcanzaran un mayor desarrollo, remitiendo a esa Dirección General los objetos que aparecieran y fueran dignos de figurar en el Museo Arqueológico Nacional o cuyo estudio fuera de interés. El traslado de la notificación a la Comisión de Monumentos, el día 4 de noviembre, incorporaba la petición de que cooperara con todos los medios a su alcance para satisfacer los deseos del Director General, «siendo así, que se han hecho excavaciones en el pueblo de Melgar de Abajo». Pero en la sesión del día 12 de noviembre, la Comisión de Monumentos acordó responder negativamente a los deseos de la Dirección General, dado que no podía comprometerse ni en trabajos ni en compras debido a su falta de recursos económicos (Sanz Mínguez, 1997: 24 y

532, documentos n.º 18-23). Aparentemente, aquí terminó la intervención de los comisionados en los acontecimientos que tuvieron lugar en Melgar. Con posterioridad, Daniel de Cortázar aludirá, sin precisar fechas, a las excavaciones hechas en el pueblo, indicando que los huesos aparecían desde flor de tierra hasta una profundidad de cinco metros, habiendo salido con ellos carbones, escorias, barro romano, fíbulas bronceas y hasta un hogar con dos ollas de barro, siendo opinión generalizada en el lugar que los puntos de extracción correspondían a los vaciaderos de una antigua ciudad denominada Cuesta (De Cortázar, 1877: 131; Rojo Vega, 1989: 196).

Los envíos del médico de Vega de Ruiponce, Vicente Pascual, surtieron diferentes efectos, siendo probablemente el más notable que movieran al eminente geólogo y prehistoriador Juan Vilanova y Piera a viajar en el verano de 1870 hasta Tierra de Campos, donde visitó poblaciones como Melgar de Abajo, Paredes de Nava y Palencia. Los resultados de su viaje fueron descritos por el propio Vilanova en diversas partes de su obra escrita, en menor medida por amigos suyos como Amalio Gil Maestre y José Amador de los Ríos y, después, por investigadores contemporáneos (Rojo Vega, 1989; Barril Vicente y Pérez Rodríguez, 2012) a los cuales remitimos para mayores precisiones. Se trata probablemente del principal factor en muchos de los acontecimientos que se sucedieron, pues Vilanova, aparte de reunir objetos de las excavaciones en curso, ejerció como prestigiosa cadena de transmisión directa entre los descubrimientos que estaban teniendo lugar y los círculos eruditos de Madrid.

Así, aparte de hacer ver en Palencia a Amalio Gil Maestre la importancia de lo que estaba sucediendo, tras contemplar por sí mismo cómo en la Estación del Norte se amontonaban los huesos mezclados con todo tipo de objetos prehistóricos, también parece haber influido en el cambio de actitud mostrado por Amador de los Ríos y, directa o indirectamente, pudo influir en los requerimientos que en octubre haría el Director General de Instrucción Pública para obtener objetos de las excavaciones de Melgar. Antes, el día 12 de julio, De los Ríos ya había publicado en el periódico *La Ilustración de Madrid* que la Academia de la Historia se afanaba por averiguar la naturaleza del yacimiento localizado en el pago de La Ciudad de Paredes de Nava, cuyos descubrimientos, se decía, podían desvelar la existencia de *Segontia* o de *Intercatia*. De las inscripciones latinas de las que se hacía mención, destacaba la primera tésera de hospitalidad de Paredes de Nava, de la cual tenía copia gracias al académico Vicente Lafuente. Según el mismo autor:

«La prensa aseguró, al dar la primera noticia de estas excavaciones aconsejadas tal vez por el hambre, que habían también aparecido monedas del Imperio, no-

tables objetos de cerámica y gran número de huesos: cartas posteriores nos confirman en que es cada día mayor la abundancia de éstos, habiéndose desenterrado al fin, como á la profundidad de dos metros, un mosaico.» (De los Ríos y Serrano, 1870: 10).

Por entonces, Amador de los Ríos refería las noticias con un cierto escepticismo e, incluso, ver-tía ciertas dudas sobre la autenticidad de la tésera de hospitalidad hallada. Pero en el mes de septiembre, publicaba nuevas informaciones, obtenidas del propio Vilanova y Piera y «de la diligencia de nuestro amigo el celebrado artista D. José Casado y Alisal». Cabe suponer que fuera él mismo quien requiriera a José Casado del Alisal para que le hiciera llegar toda aquella información que tuviera a su alcance, dado que el pintor era natural de Villada, población en la cual sólo en ese año se extrajeron 60 toneladas de hueso de mina. Ahora, Amador de los Ríos comprendía ya que los descubrimientos que se estaban realizando tenían mayor importancia y trascendencia de las que les había atribuido inicialmente. Y no parece dudoso que influyera en su cambio de perspectiva la información que Vilanova había obtenido de primera mano en su viaje por Tierra de Campos:

«Excitado el interés general por el cebo de la ganancia, en la búsqueda y explotación de huesos aptos para ciertas fabricaciones, hánse en efecto extendido desde Paredes de Nava á otros muchos pueblos comarcanos los ensayos de exploración, propagándose en breve, no ya sólo á la provincia de Valladolid, mas también á la de Salamanca. Cabezos y colinas enteras han sido en consecuencia excavados y desenvueltos con incansable ahinco, y por todas partes se han exhumado tan copiosos restos de antigüedad, que han despertado al fin en todos la atención de los hombres entendidos para quienes valen y significan algo los monumentos y reliquias de las pasadas generaciones.» (De los Ríos y Serrano, 1870b: 9).

El erudito describía, al igual que otros autores, que los descubrimientos arqueológicos afectaban a muy distintas edades, así como que los excavadores, carentes de método y conocimientos, habían formado «el más lastimoso *pelle-melle* con todos los objetos arrojados por la tierra removida», dificultando extraordinariamente su estudio. Aun así, había examinado los objetos en poder de Vilanova y Piera: hachas de piedra, objetos de hueso trabajados por el hombre, fragmentos cerámicos que consideraba de la Edad del Bronce y útiles de épocas posteriores, no sólo de la civilización romana, pues algunos, en su opinión, podían alcanzar hasta el siglo VI d. C. Y gracias a su examen y a la relación que le hacía Casado del Alisal de las antigüedades que por entonces obraban en poder de particulares en el teatro de las excavaciones, daba cuenta de que entre los hallazgos abundaban:

«los brazaletes y armilas, las fibulas viriles y femeniles, los anillos, los punzones y agujas crinarias y sutorias, ya de hueso ya de bronce, los estilos asimismo de bronce y de hueso, las cucharillas, los amuletos de barro y cobre, los pendientes ó inaures de bronce ó sobredorados, las monedas del segundo al quinto siglo de la era del César, y finalmente los idolillos, lares ó penates, entre los que han parecido de mayor precio algunos Cupidillos y Príapos. Ni han escaseado tampoco los objetos de la cerámica, pertenecientes á este último periodo histórico de los representados por las excavaciones iniciadas en Paredes de Nava: demas de muy curiosas lucernas, algunas de las cuales llevan la marca de sus autores, nos ha sido posible examinar preciosos fragmentos de vasos saguntinos, embellecidos de multiplicadas labores, entre las que no dejan de interesar delicados relieves con bustos y representaciones simbólicas.» (De los Ríos y Serrano, 1870b: 9).

Asimismo, Amador de los Ríos informaba de la aparición unas tres leguas al norte de Palencia de restos de grandes muros, mosaicos, frisos y cornisas, que algunos creían habían pertenecido a un templo de Diana, «...fundados en la fabulosa abundancia con que se han hallado los cuernos y huesos de ciervo por aquellos contornos», vinculación que, lógicamente, era desechada por el erudito como fantasía gratuita. Además, gracias a Juan Gurrea, al que calificaba de diligente anticuario palentino, se añadía un dibujo de la tésera de Paredes de Nava y, finalmente, se hacía un llamamiento al Gobierno de la Nación para que tomara cartas en el asunto, pues ahora De los Ríos era ya consciente que no se trataba de:

«un descubrimiento, fortuito, aislado, de difícil ó imposible clasificación y que no alcance por tanto á derramar luz alguna sobre la historia pátria: las excavaciones que hoy se hacen en el centro de Castilla, la Vieja, y en un radio no menor de treinta leguas, aunque no movidas de un interés científico, ni realizadas con otra mira que la de una modestísima ganancia, parecen evocar al propio tiempo la memoria de muy apartadas generaciones»,

todo lo cual requería en su opinión de la atención de los arqueólogos, de los científicos y aún del Gobierno nacional.

Durante el año siguiente las noticias continuaron menudeando. Más información, referente en este caso a Palencia, aparecerá en una nota firmada A. R. V. incluida en la «Crónica arqueológica» del número perteneciente al 31 de marzo de 1871 de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, sobre la cual llamó la atención por vez primera José Ramón López Rodríguez (1978: 189). La nota relataba cómo pasaban de 1500 los objetos arqueológicos recuperados en la capital palentina debido a la «explotación del hueso», contándose entre ellos desde hachas de la edad de piedra hasta monedas medievales (Rodríguez Villa, 1871: 45). Poco después, otra nota en la

misma publicación, igualmente firmada A. R. V. y en este caso recuperada por Abarquero Moras y Pérez Rodríguez (2010: 166), enumeraba los objetos ingresados en el Museo Arqueológico Nacional provenientes del pago de La Ciudad en Paredes de Nava (sitio que era identificado con la antigua *Intercatia*), los cuales habían sido traídos por la comisión del año 1870 realizada por Joaquín de Salas Dóriga y Juan Sala y Escalada:

«diez y siete hachas de piedra, una lucerna de barro, varios pondus, agujas, estilos y cucharillas de hueso, más de cuarenta fibulas de diversas formas, inares ó pendientes, juegos compuestos de espinzas, limpia-oidos y monda-dientes de bronce, dos *fallos*, un medallón de asta de ciervo con otro fallo de relieve, fragmentos de vasijas de barro con lindos dibujos y labores, y uno con la marca SALVO (imperio) y otros objetos de la misma clase, todos romanos.» (Rodríguez Villa, 1871b: 250).

Una importante novedad en este año fue que otro venero óseo, situado en el pago de Las Quintanas de la localidad vallisoletana de Padilla de Duero y que presuntamente venía siendo explotado desde 1868 (Hernández y Alejandro, 1906: 510), vino a desvelarse también como un importante yacimiento arqueológico, que de nuevo requirió las casi impotentes atenciones de la Comisión de Monumentos Provincial. Ya en mayo de 1871, el alcalde y el secretario de Padilla de Duero pedían al gobernador civil que enviara a alguien que examinara las excavaciones realizadas y los objetos recuperados (Orodea e Ibarra y Martí y Monsó, 1873: 5; Sanz Mínguez, 1997: 24). Pero ninguna actividad oficial consta antes de que, a inicios de diciembre apareciera, primero en la prensa vallisoletana y luego en la prensa madrileña y barcelonesa, la noticia del hallazgo de monedas de plata, así como de alhajas de oro y plata, en Padilla de Duero (Matesanz Gascón, 2020). A inicios de 1872, el Gobierno Civil comunicaba lo que sucedía en Padilla a la Comisión de Monumentos Provincial, de cuya participación tenemos un detallado relato gracias a sus libros de actas, publicados por Sanz Mínguez (1997: 24-26, 531-532). Así, sabemos que en su sesión del día 15 de enero la Comisión debatió sobre el tráfico de bienes arqueológicos que hacían los vecinos de Padilla de Duero e, incapaz de viajar hasta el lugar para comprar algunos de los objetos descubiertos (de nuevo, por falta de recursos económicos), determinó pedir información al Ayuntamiento padillense, contactar en Valladolid con los presuntos compradores de algunos de ellos y solicitar fondos a la Diputación para poder intervenir.

En el ínterin, en Palencia seguían teniendo lugar importantes descubrimientos, de los cuales poseemos notables descripciones debidas al político, erudito y académico Ricardo Becerro de Bengoa (1845-1902), cuya figura conviene resaltar. Además de aportar datos estadísticos de relevancia sobre el



Fig. 5. Ricardo Becerro de Bengoa en 1896 (grabado inserto en *La Ilustración Española y Americana*, a partir de fotografía de Huertas).

producto de la "explotación del hueso", Becerro de Bengoa fue un adecuado cronista para los hallazgos arqueológicos que tuvieron lugar en Palencia durante los años 1872-1873, pues en diversas publicaciones fue recopilándolos y dándolos a conocer con un detalle digno de mención. Sus minuciosas descripciones, ocasionalmente acompañadas de dibujos de buena factura, incluían asimismo lecturas de epígrafes, descripciones de series monetales y el registro de las marcas de los alfareros productores de la *terra sigillata* recuperada. Así, el 8 de marzo de 1872, remitía a Eduardo Gasset, director de *La Ilustración de Madrid*, una carta en la cual le detallaba los más recientes hallazgos producidos en la capital palentina a consecuencia de las tareas de búsqueda de huesos:

«Muy distinguido amigo: Cada día ofrece la antigua Palantia nuevos motivos de estudio para los aficionados á las investigaciones históricas. No se hacen exploraciones oficiales porque la comisión de monumentos no tiene medios, pero se hacen escavaciones casuales, sin órden ni concierto, por los pobres que removiendo tierras buscan huesos para sacar, vendiéndolos, un mísero jornal.

En una zona determinada, que se extiende al E. de la ciudad, paralela a la vía férrea y entrambas estaciones del N. y del NO., se han practicado muy á menudo escavaciones de ese género y se han hecho hallazgos

de los que La Ilustración ha dado cuenta ya. En las verificadas durante los últimos días de enero y en todo el mes de febrero, los resultados obtenidos son sumamente apreciables. Algunos entusiastas recolectores, entendidos unos, ignorantes otros, han aumentado sus colecciones con más de doscientos objetos, de los cuales una copia de los más curiosos remito á Vd. para su acreditada publicación: en ella pueden verse: un precioso estilete de asta de ciervo terminado por un busto; dos pendientes de oro; dos falos bien caracterizados; una pulsera de hierro; un broche y una fíbula de bronce; unas tijeras, una punta de flecha, unas pinzas, tres agujas de fabricar redes, varios estiletes de hueso; agujas de hierro; una cucharilla, un broche y un dije en forma de corazón con esmaltes.

Aras pequeñas con labores rudas; vasos de barro saguntino con las marcas: GELII.- EX. OFI. CLO-P. COR; fragmentos de vidrio de muy diversas formas, se han hallado muchos.

La colección de monedas recogidas sube á unas 200, y entre ellas 20 ó 30 admirablemente conservadas.

En las halladas en enero y febrero, sólo hay ejemplares de los tres primeros siglos del imperio, y entre ellas un gran bronce de Nerva; algunos Claudios y Nerones y varias piezas coloniales de Cartagena y Zaragoza.

En las escavaciones que se hicieron algun tiempo ántes delante de las oficinas del ferro-carril del No-roeste, casi todas las monedas encontradas eran del cuarto siglo; un grupo de 500, la mayor parte de los hijos de Constantino; alguna de Juliano y hermosos ejemplares de la emperatriz Helena.

Hay además monedas de Magnencio, Decercio, Máximo, Víctor, Graciano y otros emperadores. Sobresalen por su mérito un Vespasiano de plata, conmemorativo de la campaña judáica, en cuyo reverso se lee: Judea Capta; y otra de la hija de Tito, Julia, también de plata. Los hallazgos se multiplican siempre que se trabaja; Palencia va dando ya miles de objetos y de monedas, y sin embargo, la ciudad ni la provincia no tienen un pobre museo que podía ser, sin ningun género de duda, uno de los primeros de España.

Tal vez muy en breve se hará un hallazgo notabilísimo que está ya indicado y del cual daré cuenta á Vd. mandándole dibujos y detalles.

De Vd. afectísimo S. S.

Ricardo Becerro.

Palencia 8 de marzo de 1872.» (Becerro de Bengoa, 1872: 95).

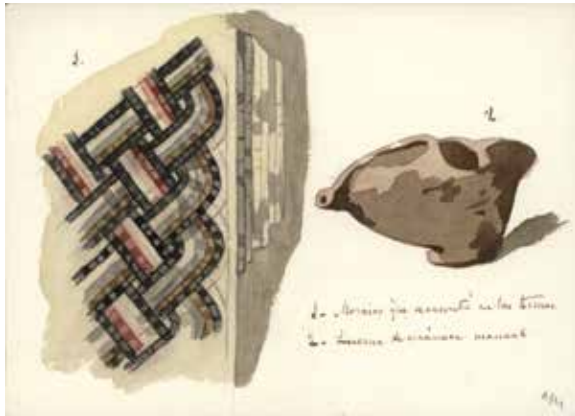
La carta se acompañaba efectivamente de un dibujo con objetos de diversas épocas (Becerro de Bengoa, 1872: 84), entre los cuales puede identificarse una fíbula de caballito. Como hemos indicado, es reseñable que Becerro se preocupara por identificar las marcas gráficas estampilladas sobre la *terra sigillata*. En este caso, menciona tres ejemplos. De ellos, destaca la aparición en Palencia de los sellos GELII (probablemente, una mala lectura de *Gelli[us]*) y P. COR, de otra forma desconocidos, pues del tercero, EX OFI. CLO, volverá a hacer mención más tarde (1874: 76). Por otro lado, la estadística oficial recoge de este mismo año de 1872 que durante el mismo:

«aparecieron en Palencia ininidad de sepulcros romanos, que, según las inscripciones de algunas de las piedras que se hallan en poder del mencionado Sr. Aragon, pertenecen al siglo II y III de nuestra era. En estos sepulcros se han encontrado ánforas de piedra, de cristal y de barro, á la profundidad de 1^m,75 y 2^m,65» (*Estadística minera*, 1873: 89).

Mientras esto sucedía en Palencia, para el día 12 de marzo de 1872 la Comisión de Monumentos vallisoletana había reunido algunos fondos, pero aún no había recibido noticias del alcalde de Padilla de Duero, cuya carta, fechada al día siguiente, notificaría que, mientras se excavaba buscando huesos en el pago de Las Quintanas, habían sido halladas monedas antiguas de cobre y plata, pendientes de oro, pulseras de plata y otros objetos, todo lo cual había sido vendido. Como el contenido del listado es muy similar al que aparecía en la prensa en diciembre del año anterior, es probable que se trate de los mismos objetos, que estos constituyeran un atesoramiento y que los compradores con los que pretendía contactar la Comisión de Monumentos en Valladolid fueran sus adquirentes. Asimismo, el Alcalde informaba de que en la propiedad de un vecino, José Cardenal, habían aparecido dos pilas, restos de un mosaico y dos estatuillas representando a un toro y a un carnero, ambos en cobre macizo.

Por esas fechas la Comisión recibió algunos fondos que permitieron costear el viaje a Padilla de Duero de dos comisionados, José Martí y Monsó y Eduardo Orodea e Ibarra, el cual tuvo lugar el día 28 de mayo y duró dos días. La finalidad expresa del viaje era inspeccionar el lugar donde habían tenido lugar los hallazgos, recabar toda la información disponible y comprar todos los objetos posibles, así como aceptar aquellos que los vecinos quisieran donar, tras lo cual los comisionados redactarían un informe que sería elevado a las Reales Academias de la Historia y de San Fernando. Para facilitar sus gestiones, el gobernador provincial había requerido al alcalde para que consiguiera que sus vecinos mostraran o incluso cedieran espontáneamente [*sic*] a los Museos Provinciales los objetos encontrados.

La inspección del lugar por Martí y Orodea les hizo concluir que estaban ante «descubrimientos de una elevadísima importancia». Asimismo, presentaron a la Comisión de Monumentos algunos restos que habían recogido que incluían fragmentos de cerámica romana, bolas de barro, monedas de cobre, cemento romano y trigo fosilizado por carbonización. Los resultados del viaje movieron a la Comisión a evacuar el preceptivo informe, así como a intentar reunir fondos para realizar escavaciones en Las Quintanas, las cuales debían ser autorizadas por la Real Academia de la Historia. Tras varias dilaciones, el informe fue aprobado en la sesión del 20 de diciembre y ratificado en una nueva sesión celebrada el 27 de abril de 1873.



y alterados por los “buscadores de huesos”. De hecho, la ausencia de toda referencia a esta actividad en las sesiones que se ocupan del intento de excavar en Las Quintanas entre 1875 y 1876, sugiere que, al igual que en otros lugares, ya para agosto de 1875 la “minería de huesos” había cesado o era insignificante en la zona.

A consecuencia de todo ello, el propio informe, redactado por Orodea, es el documento de más valor sobre los acontecimientos que tuvieron lugar por entonces en Padilla de Duero, razón por la cual Agapito y Revilla (1928: 83-85) y Sanz Mínguez



Fig. 7. Acuarelas de Martí y Monsó para el informe de la Comisión Provincial de Monumentos de Valladolid sobre los hallazgos acaecidos en Padilla de Duero (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (Madrid). Archivo, leg. sign. 2-54-7).

(1997: 24-26) lo han resumido y analizado de manera minuciosa. Comenzaban refiriendo la historia de los descubrimientos, motivados por la rebusca de huesos que hacían los trabajadores más pobres del lugar y cuya descripción se ajusta punto por punto con lo acaecido en otros ámbitos de Castilla la Vieja, incluyendo las graves alteraciones deposicionales que el cavado y acarreo indiscriminado de tierras había creado en el yacimiento. Los buscadores más afortunados se habían topado así con objetos de gran valor. Los padillenses les hablaron de la aparición de «fíbulas, zarcillos, pulseras, pendientes, etc., etc., que en otro lugar señalaremos»; y les mostraron «unas preciosas termas, un torito y una oveja de bronce, trozos de un pavimento de mosaicos, fragmentos de vasijas romanas, monedas, etc.»; los propios comisionados recogieron monedas de cobre, pedazos de cemento y de mosaico, vasijas romanas y varios trozos de asta de ciervo; después, inventariaban los objetos encontrados, valiéndose de un informe judicial en el cual se enumeraban:

«Cimientos de construcción.
Restos de edificios descubiertos.

Tejas y ladrillos romanos.

Pilas, pavimento de mosaico y conductos de desagüe que acreditan la existencia de termas.

Cemento romano de cuya materia están hechas las pilas.

Monedas de oro, plata y cobre celtíberas y romanas.

Trigo carbonizado por fosilificación.

Objetos de uso, como fragmentos de vasijas romanas, pendientes y sortijas de oro con greca romana, zarcillos de plata, fibulas, una jarra y un calderillo de metal, pesas, stilos y priapos romanos, objetos de hueso perfectamente labrados.

Una figurita de bronce, que representa un toro echado y otra de un carnero, ambas sin gran carácter originario.

Gran cantidad de bolas de barro cocido con greca romana.» (Orodea e Ibarra y Martí y Monsó, 1873: 7-8).

Finalmente, los comisionados exponían sus conclusiones: los restos encontrados eran una mezcla de elementos celtíberos y romanos pertenecientes a una población (cuya naturaleza exacta no se atrevían a expresar) que había perecido enterrada por algún movimiento geológico. La abundancia de astas de ciervo les hacía creer que las dos terceras partes del hueso extraído hasta entonces (unas cuarenta mil arrobas, se les dijo) pertenecían a esta especie animal.

La publicación del informe coincidió con los momentos finales de la "minería de huesos". A inicios de 1873 se produjeron nuevos hallazgos en la capital palentina, que son referidos por las memorias oficiales (*Estadística minera*, 1873: 89) y por Ricardo Becerro de Bengoa (1874: 72-75). Pero se puede decir con casi total seguridad que el año 1873 debió ser el último en el que tuvieron lugar hallazgos arqueológicos de relieve debidos a la rebusca de restos óseos. Principalmente, porque las series estadísticas muestran que durante los años 1874-1876 esa actividad disminuyó de manera drástica, un descenso ya anunciado por la falta en varias poblaciones palentinas de jornaleros dispuestos a dedicarse a ella durante los años de 1872 y 1873. Como si de su canto del cisne se tratara, una colección compuesta por varios centenares de objetos arqueológicos recuperados durante las rebuscas de huesos, perteneciente a Pablo Aragón Nieto, fue presentada en la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en octubre de 1873. Con posterioridad, la colección sería adquirida por el Museo Arqueológico Nacional, donde aún se conserva, si bien las deficiencias documentales con las que el conjunto fue reunido dificulta en grado sumo contextualizar arqueológicamente las piezas que lo componen.



Fig. 8. Zoomorfo en perspectiva cenital procedente de excavaciones en Palencia, de la colección Aragón Nieto, en el Museo Arqueológico Nacional (fotografía del autor).

Las repercusiones de la "minería de huesos": ámbito geográfico, naturaleza de la actividad y volumen de la explotación

El fenómeno de la rebusca de huesos que tuvo lugar en Castilla la Vieja durante esos años puede ser abordado desde numerosas perspectivas. En el caso de los historiadores de la ciencia, permite contemplar los planteamientos científicos que por entonces estaban en vigor, a través de las teorías que ingenieros de minas y geólogos como Gil Maestre, Vilanova y Piera, López de Quintana o Daniel de Cortázar construyeron para explicar desde una perspectiva geológica los singulares depósitos que salían a la luz, un aspecto al que ya se aproximó por vez primera Anastasio Rojo Vega (1989). Incluso, algunos de los autores mencionados incorporaron en sus textos proyectos de explotación, con fines agrícolas e industriales, de los grandes depósitos óseos de Castilla la Vieja.

En lo referente a su ámbito geográfico, la práctica de la "minería de huesos" alcanzó a diversas provincias españolas, pero su epicentro estuvo en la Tierra de Campos, territorio nuclear de la antigua cultura vaccea. Sobre todo, tuvo un particular desarrollo en la provincia de Palencia, lugar donde más parece haber llamado la atención y del cual proceden la mayoría de los datos conocidos. Después, hay una información relativamente abundante sobre la provincia de Valladolid. De otras circunscripciones sólo restan noticias muy difusas. Amalio Gil Maestre indica de manera parca su extensión a Aragón y Navarra (*Estadística minera*, 1870: 71). José Amador de los Ríos indica que ya en 1870 había alcanzado la provincia de Salamanca. Vilanova y Piera es uno de

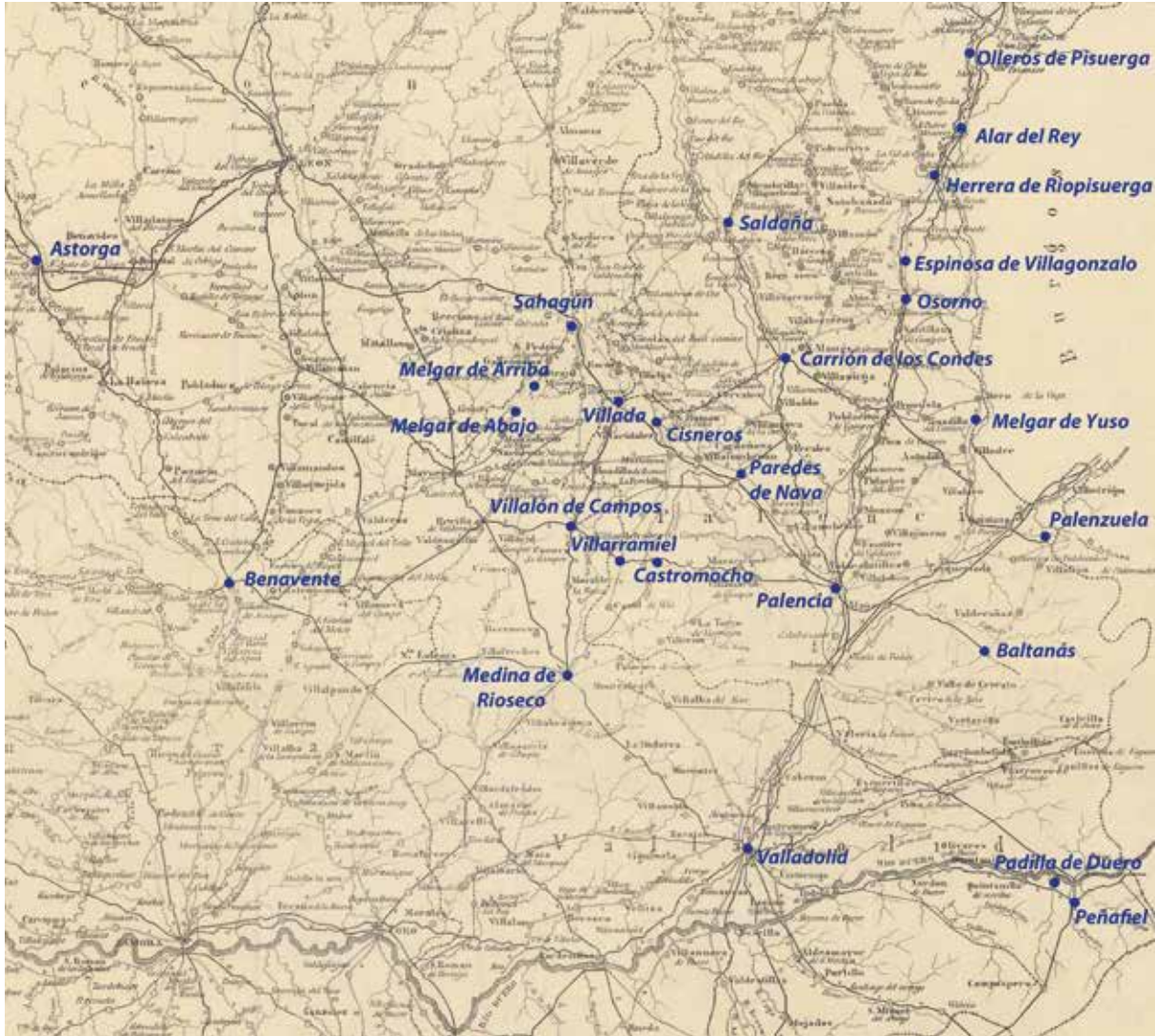


Fig. 9. Localidades en las que se indican actividades de “minería de huesos” (elaboración del autor).

los autores que refiere el hallazgo de grandes depósitos de huesos en los alrededores de Ávila, aunque sin mencionar de manera explícita su explotación económica (1872: 221). Gil Maestre refiere el hallazgo de hachas de piedra pulimentada en depósitos óseos de la sierra de Cervera, con total verosimilitud aludiendo al territorio burgalés, aunque sin aportar mayores precisiones. En lo referente a la provincia de León, se mencionan actividades en Sahagún y en Astorga. A su vez, la colección de Pablo Aragón Nieto adquirida por el Museo Arqueológico Nacional incluye piezas etiquetadas como procedentes de Villamañán. Pero su adscripción a la provincia de Palencia y la presentación conjunta de dichas piezas con otras procedentes de Palenzuela, plantean la duda de si los objetos no procederán en realidad de la población de Villahán, limítrofe con la anterior. En la misma colección, la concisa alusión a una Quintanilla burgalesa no permite identificar en cuál de las diferentes poblaciones de la provincia de Burgos que

portan este nombre, ni tampoco por qué medios, se hallaron los objetos así etiquetados. Por otro lado, tanto Becerro de Bengoa como la *Estadística minera* incluyen como punto principal de explotación la localidad zamorana de Benavente.

En conjunto, las anteriores constituyen menciones ambiguas a explotaciones de las que por ahora apenas sabemos algo más. La provincia de Palencia y, en menor medida, la de Valladolid, proporcionan la mayoría de los lugares de explotación conocidos. Pero incluso en estos casos, entraña a veces cierta dificultad identificar en qué localidades se desarrolló esa actividad económica de subsistencia. Así, Becerro de Bengoa alude a la existencia de una minería de huesos en la población palentina de Itero. Se trata probablemente de Itero de la Vega, próxima a Melgar de Yuso, pero no podemos descartar por completo que la actividad mencionada por Becerro tuviera lugar en Itero Seco, localidad perteneciente a la misma provincia.

Kilógramos.				
Palencia y sus alrededores.....	654.000	hueso enterrado y	46.000	hueso reciente.
Palenzuela.....	400.000		»	
Benavente (provincia de Zamora).....	350.000		»	
Rioseco, Villarramiel, Villalon y los Melgares.....	350.000	y	150.000	id.
Carrion y sus cabeceras.....	200.000		25.000	id.
Osorno, Alar, Espinosa y Herrera.....	200.400		»	
Cisneros.....	30.000		»	
Villada.....	60.000		»	
Paredes de Nava.....	118.000		»	

Fig. 10. Cantidad de hueso exportado en el año 1870 y lugares de origen (*Estadística minera*, 1870: 73).

A veces, la consulta directa de los informes oficiales sí permite clarificar ciertas referencias. Así, en la *Estadística minera* del año 1870 se menciona la explotación de depósitos de huesos en «los Melgares». Y aunque Barril Vicente y Pérez Rodríguez (2012: 195, nota 7) creen que el término “Melgares” se puede estar aplicando a Melgar de Arriba, a Melgar de Abajo o a Melgar de Yuso, es evidente que en el caso de este informe oficial se está aludiendo tan sólo a las localidades vallisoletanas de Melgar de Arriba y Melgar de Abajo, pues en la tabla estadística las localidades mencionadas se agrupan claramente por áreas geográficas y esos “Melgares” se relacionan junto a Medina de Rioseco, Villarramiel y Villalón, lo cual excluye la posibilidad de que se esté aludiendo a Melgar de Yuso. Además, como veremos a continuación, la explotación de hueso de mina en esta última población no parece que alcanzara un gran volumen, mientras que esos “Melgares” son incluidos entre los depósitos que mayor cantidad de materia ósea aportaron. Asimismo, su agrupación junto a Osorno y Alar del Rey permite descartar una presunta alusión a Herrera de Valdecañas o a Espinosa de Cerrato, por ejemplo, en favor de Herrera de Pisuerga y de Espinosa de Villagonzalo, respectivamente.

En la provincia de Valladolid, junto a «los Melgares» la actividad de la minería de huesos se desarrolló también en Peñafiel, Medina de Rioseco, Villalón y Padilla de Duero. De hecho, aunque de manera hasta cierto punto anecdótica, alcanzó también a la capital provincial.

El volumen de hueso de mina explotado hacia 1870 en cada localidad es referido de manera equívoca en el informe estadístico de ese año, pues al mismo tiempo que se indica que las localidades de Carrión de los Condes, Palenzuela, «Melgares» y Palencia son las que mayor cantidad han dado, se incluye una tabla que desmiente ese aserto (*Estadística minera*, 1870: 72-73). Tras finalizar el período de auge

de la rebusca de huesos, Ricardo Becerro de Bengoa (1888) enumerará las localidades en que se desarrolló la actividad en orden decreciente de material extraído y desagregando las diversas poblaciones, pero sin indicar los volúmenes de hueso de mina explotados en cada una de ellas. En la tabla incluye todas las poblaciones palentinas en las que el propio Becerro de Bengoa registra actividad de minería de huesos, salvo Melgar de Yuso e Itero, de lo cual cabe deducir que, si no se trata de una omisión involuntaria, en estas dos localidades esa actividad debió de alcanzar una envergadura no demasiado grande. Lugares mencionados en otras fuentes (Olleros y Baltanás) no son incluidas por Becerro de Bengoa, luego también cabe presuponer en ellas una escasa actividad extractora.

En cuanto a la naturaleza de la actividad, con carácter general la extracción de “hueso seco” proporcionó un escaso rendimiento a los individuos dedicados a ella, a costa en ocasiones de graves riesgos físicos. Fueron las adversas circunstancias económicas del período que se inicia en el año 1866 las que hicieron que numerosos trabajadores y sus familias recurrieran a esa actividad como medio de subsistencia. Hasta entonces, la búsqueda de “hueso seco” era realizada tan sólo por algunos de los miembros más menesterosos de la sociedad, quienes, ya desde los inicios de la década, rebuscaban y vendían los restos óseos que ocasionalmente aparecían en abundancia como consecuencia de la ejecución de infraestructuras tales como la estación de ferrocarril en Palencia. Sólo desde 1866 y, en especial, a partir de 1868, la sequía y la crisis económica condujeron a muchos jornaleros desprovistos de trabajo a recoger el hueso diseminado por los campos. Pero las excavaciones como aquellas que en 1870 se desarrollaban en el corazón de la Tierra de Campos no tenían otro objeto que conseguir «una modestísima ganancia» (De los Ríos y Serrano, 1870b: 10) o, dicho más crudamente aún, «poder comer».

Estadística minera (1870: 73)	Becerro de Bengoa (1888: 34)
Palencia y sus alrededores (654)	Palencia
Palenzuela (400)	Palenzuela
Benavente (350)	Benavente
Medina de Rioseco, Villarramiel, Villalón y los Melgares (350)	Carrión de los Condes
Osorno, Alar, Espinosa y Herrera (200,4)	Medina de Rioseco
Carrión de los Condes y sus cabeceras (200)	Villarramiel
Paredes de Nava (118)	Villalón
Villada (60)	Paredes de Nava
Cisneros (30)	Osorno
	Espinosa
	Alar
	Cisneros
	Herrera
	Villada

Tabla I. Volumen de explotación de hueso de mina por localidades en orden decreciente (entre paréntesis, toneladas de hueso extraído).

La miseria padecida hizo que, cuando los huesos hallados a ras de tierra se agotaban o escaseaban, se procediera a continuar su búsqueda practicando rudimentarias excavaciones. Los propietarios de los terrenos no parecen haber impedido que los más necesitados profundizaran en sus suelos buscando restos óseos, con la única condición de que después rellenaran las perforaciones y galerías realizadas. Pero el evidente peligro que revestían estas actividades, en las que también participaban niños y mujeres, en ocasiones se materializó de forma dramática. En su carta de 4 de junio de 1870 publicada en *El Norte de Castilla*, Vicente Pascual denunciaba cómo en Melgar de Abajo cuatro mujeres, de las cuales la mayor apenas contaba 24 años de edad, buscando huesos para «poder comer» con el producto de su venta, perecieron sepultadas al hundirse el terraplén de la excavación que habían hecho. Asimismo, el médico refería cómo habían acaecido otras desgracias menores en la localidad y cómo él mismo había conminado a otros buscadores a abandonar y derribar las cuevas en las que se metían dado el riesgo que ello entrañaba. Por otro lado, el 12 de julio de 1870 el corresponsal de *El Norte de Castilla* en Paredes de Nava, Agustín P. Cantalapiedra, refería al periódico que debido a las búsquedas de hueso que se realizaban en el pago de La Ciudad, con las cuales algunos intentaban «cubrir las necesidades más imperiosas de la vida», había que lamentar «las desgracias de tres jóvenes, ocasionadas por la imprevisión de su corta edad.».

Lógicamente, las noticias que conocemos sobre el precio alcanzado por el “hueso de mina” son muy imprecisas y, en no pocas ocasiones, contradictorias, dado el carácter adventicio de una actividad

económica que, en esencia, se desarrolló al margen de algo equiparable a un mercado regulado. Incluso cuando el producto obtenido de su venta es mencionado en estadísticas oficiales, no es fácil extraer datos exactos, pues esos informes suelen ser ambiguos y, además, incorporan tanto inexactitudes como erratas, pudiendo obtenerse de ellos tan sólo tendencias genéricas susceptibles de ser articuladas en series temporales pero, aun así, de incierta precisión. Por ejemplo, citando cifras que le habían sido proporcionadas por el secretario de la Junta de Agricultura de Palencia, Juan Vilanova y Piera afirmaba que en total se comercializaron en esa provincia 30 millones de kilos de hueso viejo y reciente, por los cuales se pagaron 100 000 pesetas (1880: 596, nota 1). Sin embargo, basándose en la estadística oficial Becerro de Bengoa (1888) indicaba que la cantidad de hueso explotado no había llegado en total a los 15 millones de kilos. Asimismo, la estadística minera del año 1871 indica que tan sólo en este año el hueso comercializado en Palencia representó un valor de 358 480 pesetas. Por otro lado, las cifras procedentes de la Junta de Agricultura de Palencia suponen un precio medio de 0,33 pesetas por 100 kg de hueso. Sin embargo, las estadísticas mineras y los estudios de Becerro de Bengoa indican que desde 1860 hasta que la actividad prácticamente vino a desaparecer, el precio más bajo pagado por esa cantidad de hueso equivalió a 1,53 pesetas. El propio Becerro de Bengoa indica como precio más elevado una cantidad equivalente a 7,82 pesetas/100 kg. Para visibilizar el magro rendimiento proporcionado por esas rebuscas, cabe señalar que durante esos mismos años, el índice nacional del precio del trigo en España, medido mensualmente, osciló entre 18,32 y 34,37 pesetas el hectolitro.

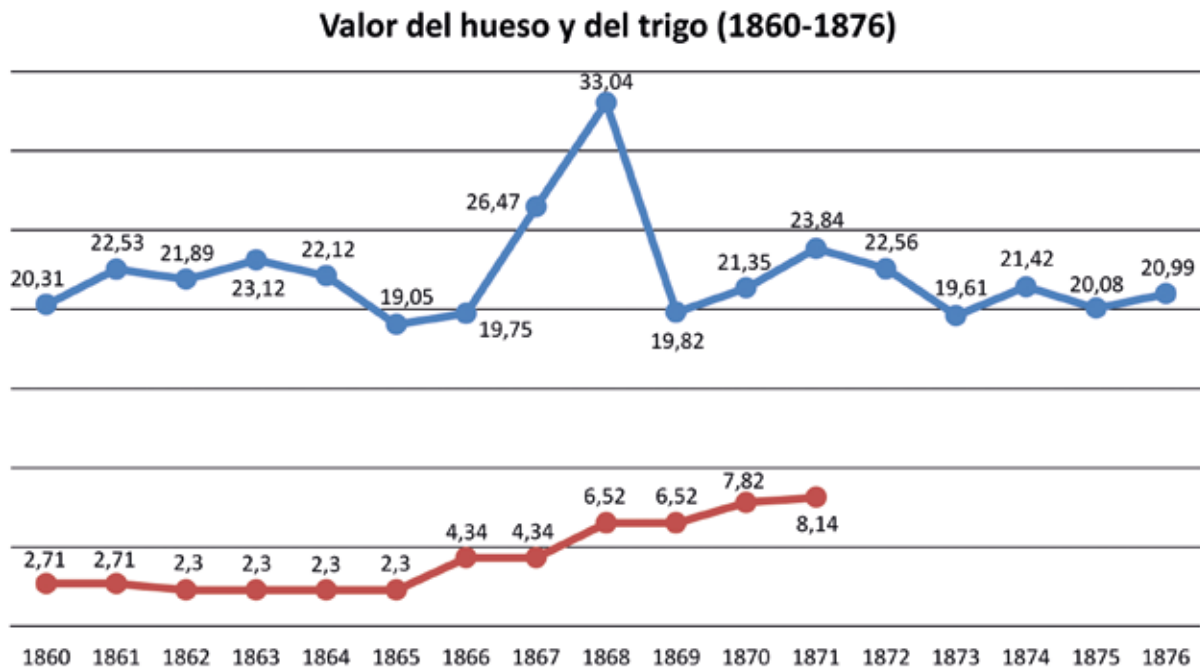


Fig. 11. En azul el índice nacional de precios del trigo en España, mes de junio, en pesetas/hl. (a partir de Barquín Gil, 1999: anexo 3.2) y en rojo el precio del hueso comercializado en Palencia, en pesetas/100 Kg (estimaciones aproximadas).

El carácter paupérrimo de la rebusca de huesos fue la causa de que esta actividad pronto dejara de desarrollarse a gran escala. Anastasio Rojo atribuyó su decadencia en Castilla la Vieja a la importación de guano sudamericano (Rojo Vega, 1989: 197). Irónicamente, de ser esto cierto el uso del guano como abono no sólo habría contribuido a mejorar la productividad agraria en España, sino también a preservar su patrimonio arqueológico. Sin embargo, el abandono de la "minería de huesos" se debió en realidad a otros factores. Ya en 1872 el hueso seco sólo seguía siendo explotado en función de la cantidad de braceros disponibles. Pese al interés mostrado por algún coleccionista de antigüedades en que las excavaciones continuaran, estas ya habían disminuido mucho y se carecía de mano de obra para realizarlas en los Melgares, Carrión de los Condes, Paredes de Nava y Palencia. Al año siguiente, la gran mayoría del hueso seco comercializado había sido recogido a ras de tierra, habiéndose abandonado para entonces las excavaciones hechas en años anteriores, las cuales, se indicaba de manera certera, no volverían a hacerse «hasta tanto que venga un año malo y falten á los trabajadores los jornales del campo.» (*Estadística minera*, 1873: 89). En definitiva, fue sobre todo la mejora de las condiciones laborales en el campo castellano, provocada por el fin de la sequía y de la crisis económica, la que finiquitó el amplio desarrollo del que gozó de manera efímera la así llamada "minería de huesos".

En lo referente al volumen global de la explotación, por el momento no estamos en condiciones de precisar la cantidad de "hueso de mina" que fue

extraída en España para su exportación durante el siglo XIX. No sólo gran parte del material recuperado quedó al margen de toda referencia escrita, sino que, cuando existen, tanto los informes oficiales como las referencias historiográficas suelen proporcionar datos muy ambiguos, agregando cifras de manera muy imprecisa. Por un lado, a menudo no especifican a qué territorio concreto se refieren las cifras aportadas, o bien incluyen dentro del distrito de Palencia el resultado de explotaciones vallisoletanas o zamoranas, aunque tampoco nos consta que todo el producto de estas engrosara las cifras palentinas. Por ejemplo, no sabemos qué porcentaje de las 40 000 arrobas de hueso (casi medio millón de kg) que ya en 1872 habían sido extraídas en Las Quintanas, según dijeron a José Martí y a Eduardo Orodea los vecinos de Padilla de Duero, fue computado alguna vez en términos estadísticos, ni tampoco cómo. Otro inconveniente es que los informes oficiales no suelen desglosar la respectiva cantidad de "hueso de mina" y de "hueso granado" que fue comercializada.

Tan sólo contamos con datos aproximados que podemos considerar como sistemáticos para el territorio palentino. La serie más completa del volumen de hueso exportado desde la provincia de Palencia, abarcando los años 1862-1875, es proporcionada por Ricardo Becerro de Bengoa (1888: 34-35), pues los informes estadísticos mineros sólo proporcionan datos numéricos para el período 1862-1873. Dejando al margen dos insignificantes divergencias que afectan a los años 1863 y 1872 y que bien pueden atribuirse a sendas erratas, la única discrepancia

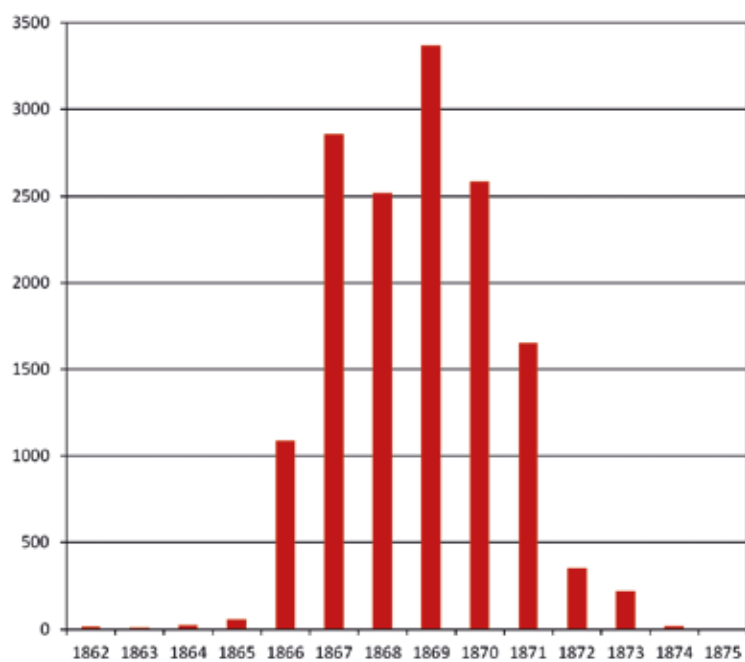


Fig. 12. Becerro de Bengoa (1888): toneladas de hueso extraídas por año.

en la serie afecta al año 1871: mientras que Becerro de Bengoa computa en este año una explotación de 1 652 336 kg de hueso, la estadística minera señala que la misma se elevó en ese ejercicio a unos descomunales 4 400 000 kg. Cuatro años más tarde, la explotación comercial de restos óseos había decaído hasta el punto de indicarse que: «La exportación de huesos ha sido casi nula en el referido año» (Estadística Minera, 1875: 81). Asimismo, Becerro de Bengoa indica que a partir de 1876 no se verificó extracción alguna de hueso «que merezca consignarse.» (1888: 35). El cómputo total de las cifras aportadas por Becerro de Bengoa para el período 1862-1875 se eleva a 14 748 782 kg de hueso. Sin embargo, según el secretario de la Junta de Agricultura de Palencia por aquella época, sr. Palacio, durante estos años se comercializaron tan sólo en esta provincia 30 millones de kilos de hueso, entre viejo y reciente (Vilanova y Piera, 1880: 596, nota 1).

El impacto de la “minería de huesos” sobre el patrimonio arqueológico del valle medio del Duero

Por desgracia, frente a la escasa, pero con todo existente, documentación que alude al impacto sobre el patrimonio arqueológico que tuvieron las rebuscas de huesos en lugares como Melgar de Abajo, Paredes de Nava, Palencia o Padilla de Duero, de otros muchos lugares no resta en ese sentido la más mínima documentación, pudiéndose avanzar por el momento tan sólo algunas conclusiones de tipo genérico.

Año	Becerro de Bengoa	Informes estadísticos mineros
1862	8,671	8,671
1863	5,176	5,175
1864	18,400	18,400
1865	56,959	56,959
1866	1089,671	1089,671
1867	2857,750	2857,750
1868	2518,500	2518,500
1869	3369,500	3369,500
1870	2583,440	2583,440
1871	1652,336	4400
1872	354,372	354,327
1873	221,357	221,357
1874	10,650	-
1875	2	-
TOTAL	14748,782	

Tabla II. Toneladas de hueso extraídas (Palencia).

En lo que afecta a su impacto patrimonial, consecuencia inmediata de la “minería de huesos” fue que permitió acceder al conocimiento de numerosos yacimientos y bienes arqueológicos, los cuales pasaron así al acervo intelectual de arqueólogos, historiadores y otros eruditos. Por desgracia, para el patrimonio arqueológico de la cuenca media del Duero supuso también el saqueo y la alteración estratigráfica, total o parcial, de numerosos yacimientos. En su inmensa mayoría, los objetos hallados desaparecieron en el mercado de antigüedades y, cuando, de forma mediata o inmediata, ingresaron en museos públicos, lo hicieron de manera descontextualizada, lo cual les ha privado de gran parte de su valor para todo análisis histórico actual. Sin embargo, los hallazgos realizados contribuyeron a fomentar la conciencia de que era necesario implementar con fuerza los que por entonces eran proyectos museográficos oficiales apenas incipientes. Asimismo, que el desarrollo de esta singular actividad de subsistencia tuviera lugar en el momento en el que los museos arqueológicos empezaban a constituirse en España y que sus hallazgos acabaran recalando en coleccionistas privados, en museos públicos, o primero en los unos y luego en los otros, ha permitido tejer, aunque a duras penas, algunas de las redes de intercambio por las cuales circularon esos bienes, las cuales han permitido hacer diversas aproximaciones al fenómeno del coleccionismo decimonónico (véase Wattenberg García, 2011 para el caso vallisoletano; o Barril Vicente y Pérez Rodríguez, 2012, para el palentino). Por otro lado, aunque el episodio sirvió para que diferentes instituciones (en especial, las Reales Academias y las comisiones provinciales de monumentos) prestaran su atención a los yacimientos descubiertos,

este atractivo fue pasajero. Su espectacularidad y extensión no fue capaz de generar un clima de interés lo suficientemente fuerte como para que se implementaran programas de estudio consistentes, mucho menos para que se les dotara de los recursos económicos que aquellos hubieran precisado. En un breve lapso de tiempo, los hallazgos realizados por los "buscadores de huesos" cayeron en el olvido de esas mismas instituciones, en cuyas actas y documentos sólo muy esporádicamente y de manera tangencial volverán a ser mencionados en lo sucesivo. En última instancia, el fin espontáneo de la actividad contribuyó a preservar los yacimientos arqueológicos que aún no habían sido expoliados en mayor medida que un Estado que se mostró inerte para defender adecuadamente su patrimonio arqueológico.

Bibliografía

- ABARQUERO MORAS, F. J. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. (2010): "La Ciudad' de Paredes de Nava y el problema de la identificación de la *Intercatia* vaccea". En F. Romero Carnicero y C. Sanz Mínguez (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 163-192.
- AGAPITO y REVILLA, J. (1927): "Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid". *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia de Valladolid*, 5, pp. 8-26.
- (1928): "Lo prehistórico, protohistórico y romano en la provincia de Valladolid". *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la provincia de Valladolid*, 8, pp. 77-86.
- BARQUÍN GIL, R. (1999): *El mercado del trigo en España en el siglo XIX*. Burgos: Universidad de Burgos.
- BARRIL VICENTE, M. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. (2012): "Obras públicas, minas de huesos y su repercusión en el patrimonio histórico y el comercio de antigüedades a través de la documentación del Museo Arqueológico Nacional y del Museo de Palencia". En C. Papí Rodes, G. Mora y M. Ayarzagüena (eds.), *El patrimonio arqueológico en España en el siglo XIX: el impacto de las desamortizaciones*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pp. 193-226.
- BECERRO DE BENGOA, R. (1872): "Nuevos hallazgos romanos". *La Ilustración de Madrid*, 54 (30 de marzo de 1872), pp. 84 y 95.
- (1874): *El libro de Palencia*. Palencia: Imprenta Hijos de Gutiérrez.
- (1888): "Riquezas naturales de España. - La minería en Palencia (continuación)". *Revista de España*, tomo 123 (487) pp. 22-35.
- BOIXEREU, E. (2015): "El yacimiento de fosfato de Logrosán (Cáceres, España): mito, ciencia y progreso". En J. M. Mata-Perelló, M. A. Hunt Ortiz y E. Orche García (eds.), *Patrimonio geológico y minero: de la investigación a la difusión. Actas del XV Congreso Internacional sobre Patrimonio Geológico y Minero. Congreso en memoria de Vicente Sos Baynat y Craig Merideth. XIX Sesión científica de la SEDPGYM, Logrosán (Cáceres, España, 25-28 de septiembre de 2014)*. Logrosán: Ayuntamiento de Logrosán y SEDPGYM, pp. 87-104.
- BOULAIN, J. (1995): "Quatre siècles de fertilisation. Première partie". *Étude et Gestion des Sols*, 2 (3), pp. 201-211.
- CORIA-NOGUERA, J. C. (2015): "Cerámicas vacceo-romanas de la necrópolis de Eras del Bosque (Palencia) en el Museo Arqueológico de Granada". *BSAA arqueología*, 81, pp. 149-170.
- DE CORTÁZAR, D. (1877): *Descripción física, geológica y agro-lógica de la provincia de Valladolid*. Madrid: Imprenta y Fundición de Manuel Tello. Memorias de la Comisión del Mapa Geológico de España.
- DE LOS RÍOS Y SERRANO, J. A. (1870): "Revista monumental y arqueológica (Conclusión)". *La Ilustración de Madrid*, 13 (12 de julio de 1870), pp. 8-11.
- (1870b): "Revista monumental y arqueológica". *La Ilustración de Madrid*, 17 (12 de septiembre de 1870), pp. 9-10.
- (1870c): "Revista monumental y arqueológica (Conclusión)". *La Ilustración de Madrid*, 18 (27 de septiembre de 1870), pp. 5-7 y 12.
- DE MOLON, C. (1860): *Agriculture: fertilisation du sol par le phosphate de chaux fossile, étude publiée dans 'Le Moniteur universel' des 21, 22, 27 de novembre et 30 décembre 1859, par M. de Molon*. Paris: Imprimerie de C. Panckoucke.
- DE PRADO, C. (1857): *De la fosforita y otras sustancias minerales fosfatadas*. Madrid: Imprenta de la Viuda de D. Antonio Yenes.
- DEL AMO, M. (1992): "Una tumba perteneciente a la necrópolis de Eras del Bosque (Palencia)". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 58, pp. 169-211.
- ESTADÍSTICA MINERA (1870): *Estadística minera de España, correspondiente al año de 1870, publicada por la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio*. Madrid: Tipografía del Colegio Nacional de Sordo-Mudos y de Ciegos, 1873.
- (1871): *Estadística minera de España correspondiente al año de 1871 publicada por la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1874.
- (1872): *Estadística minera de España correspondiente al año de 1872 publicada por la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio*. Madrid: Imprenta de Manuel G. Hernández, 1876.
- (1873): *Estadística minera de España, correspondiente al año de 1873, publicada por la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio*. Madrid: Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-Mudos y de Ciegos, 1877.
- (1874): *Estadística minera de España, correspondiente al año de 1874, publicada por la Dirección General de Obras Públicas, Comercio y Minas*. Madrid: Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-Mudos y de Ciegos, 1879.
- (1875): *Estadística minera de España, correspondiente al año de 1875, publicada por la Dirección General de Obras Públicas, Comercio y Minas*. Madrid: Imprenta del Colegio Nacional de Sordo-Mudos y de Ciegos, 1879.
- FERNÁNDEZ-GUERRA, A. (1888): "Una nueva tésera de hospitalidad en las ruinas de Clunia". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 12, cuaderno 5 (mayo), pp. 363-380.
- FIGUIER, L. (1873-1877): *Les merveilles de l'industrie ou Description des principales industries modernes*. Paris: Furne, Jouvet et Cie. Éditeurs.

- FITA COLOMÉ, F. (1888): "Noticias". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 13, cuaderno 5 (noviembre), pp. 328-342.
- GIL MAESTRE, A. (1875): "Depósitos de huesos en Castilla la Vieja, y principalmente en la parte llamada Tierra de Campos". *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, 2, pp. 361-368.
- GONZÁLEZ ARENILLAS, L. (1896): *Datos para la historia de la villa de Castromocho recogidos por un beneficiado de sus parroquias hasta 1737, continuados hasta nuestros días por Lorenzo González Arenillas*. Palencia: Imprenta, Librería y Centro de Suscripciones de Elías Heredia.
- HERNÁNDEZ Y ALEJANDRO, F. (1906): "Excavaciones en Las Quintanas". *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*, 46, pp. 510-511.
- HÜBNER, E. (1871): "Ein neuer Gastfreundschaftsvertrag aus Spanien". *Hermes. Zeitschrift für classische Philologie*, 5, pp. 371-378.
- (1872): "Additamenta ad Corporis Volvmen II". En *Instituti Archaeologici Romani* (ed.), *Ephemeris Epigraphica. Corporis Inscriptionvm Latinarvm Svpplementvm, I*. Roma - Berlin: Institutvm – Georgivm Reimervm, pp. 44-48.
- LAMOCA REBOLLO, D. (2020): "Palenzuela, la *Pallantia* del río Arlanza". *Vacceca Anuario*, 13, pp. 10-22.
- LIEBIG, J. (1840): *Die organische Chemie in ihrer Anwendung auf Agricultur und Physiologie*. Braunschweig: Verlag von Friedrich Vieweg und Sohn.
- LÓPEZ DE QUINTANA, D. (1875): "Consideraciones acerca de la Nota del Ingeniero de Minas D. Amalio Gil Maestre, sobre los depósitos de huesos encontrados en Castilla". *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, 2, pp. 369-375.
- (1876): *Del aprovechamiento para abono agrícola de los grandes depósitos de hueso enterrado descubiertos en Castilla la Vieja: apuntes acerca de la facultad fertilizante del fosfato de cal, y acerca de los abonos químicos con él fabricados*. Madrid: Imprenta de J. M. Lapuente.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1978): "La necrópolis de Eras del Bosque". *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 40, pp. 185-205.
- MATESANZ GASCÓN, R. (2019): "Antes de la Zona Arqueológica de Pintia: erudición, tráfico de antigüedades y arqueología". En C. Sanz Mínguez (ed.), *Excisión en claro oscuro, luces y sombras: Arqueología, etnografía y arte. VacceArte, 10.ª exposición de arte contemporáneo de inspiración vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg de la Universidad de Valladolid, pp. 91-149.
- (2020): "Un hallazgo temprano de monedas de *Sekobirikes* y *Turiaso* en el poblado de Las Quintanas (Padilla de Duero, Peñafiel)". *Vacceca Anuario*, 13, pp. 32-40.
- MERINERO MARTÍN, M. J. (1985): "La crisis alimenticia de 1868: un análisis provincial". *Norba*, 6, pp. 127-142.
- ORODEA E IBARRA, E. y MARTÍ Y MONSÓ, J. (1873): *Informe que sobre las excavaciones realizadas en el término de Padilla de Duero y sobre los restos encontrados, emiten los vocales de la Comisión Provincial de Monumentos*. Valladolid: Imprenta y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodríguez.
- ORTIZ DE LA TORRE, R. (1902): *LIBRO que dá noticia de las MEDALLAS, de oro, plata y Bronce: CELTÍBERAS, GRIEGAS, ROMANAS, GÓTICAS &ª, y de los objetos prehistóricos, Egipcios, Celtíberos, Fenicios, Griegos y ROMANOS, de oro, bronce, hueso, piedra, barro saguntino, &ª, hallados y recogidos, durante cuarenta años, en el sitio llamado "La Ciudad", término de la VILLA de "PAREDES de NAVA" que bien pudo ser, LA FAMOSA INTERCATIA, VACCEA, o LACOBIRIGA o INTERAMNIO*. Manuscrito inédito. Disponible en: <http://intercatia.org/Manuscrito/manuscrito.htm> [consulta: 20-noviembre-2020].
- PASTOR VILLEGAS, J., PASTOR VALLE, J. D., PASTOR VALLE, J. F. y PÍRIZ MOTA, Á. (2015): "Polémica científico-tecnológica y conflictos en el siglo XIX a causa de un proyecto de ley que reservaba al Estado las minas de fosforita de Logrosán, y cualesquiera otras del Reino". En J. M. Mata-Perelló, M. A. Hunt Ortiz y E. Orche García (eds.), *Patrimonio geológico y minero: de la investigación a la difusión. Actas del XV Congreso Internacional sobre Patrimonio Geológico y Minero. Congreso en memoria de Vicente Sos Baynat y Craig Merideth. XIX Sesión científica de la SEDPGYM, Logrosán (Cáceres, España, 25-28 de septiembre de 2014)*. Logrosán: Ayuntamiento de Logrosán y SEDPGYM, pp. 737-752.
- RODRÍGUEZ VILLA, A. (1871): "Crónica arqueológica". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 3 (31 de marzo de 1871), pp. 45-46.
- (1871b): "Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional". *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 16 (15 de octubre de 1871), pp. 248-251.
- ROJO VEGA, A. (1989): "Nota sobre "minería de huesos" en la meseta Norte". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, 55, pp. 193-198.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 6.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ESCUDERO NAVARRO, Z. (1995): "El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena". En G. Delibes de Castro, F. Romero Carnicero y A. Morales Muñiz (eds.), Z. Escudero Navarro (coord.), *Arqueología y Medio ambiente: el I milenio a. C. en el Duero Medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- VERNEY, H. (1845): "On the Spanish Phosphorite and other Manures". *The Journal of the Royal Agricultural Society of England*, 6, pp. 331-333.
- VILANOVA Y PIERA, J. (1872): "Lo prehistórico en España". *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, 1, pp. 187-229.
- (1872b): *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*. Madrid: Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros del Reino.
- (1880): "Sobre la fertilidad de las tierras". *Gaceta agrícola del Ministerio de Fomento*, 15, pp. 589-597.
- WATTENBERG GARCÍA, E. (2011): "Eruditos y curiosos: apuntes de coleccionismo antiguo en Valladolid". En E. Wattenberg García (coord.), *Numismática romana en Valladolid: Arqueología, Libros y Antiguo Coleccionismo*. Valladolid: Asociación de Amigos del Museo de Valladolid, pp. 110-125.

Recibido: 15-02-2021

Aceptado: 12-05-2021